



1000 409

Hay muchas formas de sentir la fascinación enloquecedora del mar. El mar de Baudelaire no es el de Tristán Corbière. Para Baudelaire, ciudadano hasta la médula de los huesos como Sócrates, y por añadidura parisién, el mar fue una consecuencia de la determinación familiar de enviarlo a la India para alejarlo de las malas compañías de su mocedad. El mar le salió al encuentro en la borda, cuando iba malhumorado, maldiciendo la insufrible tiranía de su padrastra, y es seguro que no se llegaron nunca a entender bien. Pero Baudelaire era poeta —y qué poeta!— y terminó por rendirse, ya que no a la amistad del monstruo, por lo menos a su admiración:

“;Océano, te odio. Tus ondas y tumultos mi espíritu vuelve a encontrarlos en sí mismo. Esa risa amarga / del hombre vencido, lleno de gemidos y de insultos/ yo la escucho en la risa enorme del mar”.

Así dice el maestro de “Las flores del mar”, en “Obsesión”, uno de sus sonetos inmortales, y es sincero. Odia al mar, como lo detesta en “El hombre y el mar”, cuando define a ambos exclamando: “;Oh, luchadores eternos! ;Oh, hermanos implacables!”.

Totalmente diferente es el caso de Tristán Corbière, el magro y endemoniado poeta de “Los amores amarillos”. Sintió el llamado del mar desde la infancia, y pudo realizarse a su gusto cuando los azares de su mala salud lo llevaron a vivir a Roscoff, pequeño puerto bretón que fuera, en la alta Edad Media, algo así como una isla de Tortuga de los piratas normandos, razón por la cual el poeta maldito lo saludó gritando:

“Cueva de filibusteros, viejo nido
de corsarios. En la tormenta
duermes tu buen sueño de granito
sobre las cavernas que el oleaje visita”.

Tanto amó Corbière al mar en su corta existencia, que a él debemos el más emocionado, desenfadado y desafiante “Responso a los Capitanes Muertos en la Tormenta”. Ese, el suyo, era amor definitivo y frenético. Es decir, una de las tantas formas que tiene el océano de hacerse amar u odiar.

DE HUIDOBRO A CÁRDENAS

Algo parecido ocurre entre nosotros. Hay el amor de Vicente Huidobro, en “Monumento al Mar”, donde se han hecho los prodigios más extraordinarios para transformar el mar en un monumento al hombre, actitud que corresponde perfectamente al espíritu de quien era, como Sócrates y como Baudelaire, un ciudadano incurable y un civilizado orgullosísimo de su condición.

Y hay el amor al mar de Rolando Cárdenas, un magallánico que lleva el mar en las venas, lo mismo que los caracoles en

su osquedad. Este amor de Cárdenas, que nace en la entraña viva, se parece, por lo visceral, a los amores de Neruda a la tierra y a la lluvia. Aquí la inteligencia lúcida surge y desaparece, sacudida y arrastrada por los bandazos inclementes del agua golpeada por los vientos. El poeta gusta, como los grandes petreles de sus costas natales, de sumergirse en los abismos salobres, buceando en el tembloroso cortinaje de las algas y en el hirviente fragor de los turbiones la razón de este irrazonado amor irrefrenable.

EPICA DEL MAR

Hermoso libro este de los “Poemas Migratorios”, que, en 1972, ganó el “Pedro de Oña”, en Nuñoa. Hermoso como testimonio de amor y como hallazgo lírico. Solamente un hombre profundamente posesionado de su vocación marina puede intentar, como en este caso, una suerte de poesía épica, construida a base de largas tiradas de lento curso, de las que no excluye ni las descripciones geográficas ni las referencias antropológicas e históricas. Sin embargo, lo que en un inauténtico habría podido resultar divagación “en torno a”..., aquí, por la sola virtud de la sinceridad a flor de piel, es —a lo largo de casi todos los dieciocho poemas— un puro y sostenido estremecimiento lírico.

Uno siente a Rolando Cárdenas en ese poderoso poema “El rostro en la Proa” o “La ruta de Alan Williers”. No hay duda alguna de que es Cárdenas el que “así un día salió en busca del mar/hacia milenarios reinos colmados de secretos./Con la mirada transitando por un cielo en fuga/era un hombre abstraído en su casa marítima/, su propia voz llamando desde otras orillas/por la bruma como en un sueño demasiado lúcido/ con ese rostro dormido en los astros que retornaba a sus dominios, /hacia todas las tierras lejanas por revelar/ y las estrellas más altas con su temblor frío”.

HABLA EL POETA

Una tarde entrevisté extensamente a Rolando Cárdenas, el puntarenense desvelado que lleva largos años metido en esta desmesurada Santiago, lejos de las inmensas perspectivas de los canales australes y el mar abierto hacia todos los horizontes. La charla no hizo sino confirmar el diagnóstico literario.

—Yo no publicaba poesía desde 1963 en que apareció “En el invierno de la provincia”, que ganó el Premio “Alerce”, me dice. Como entonces, sigo fiel a la misión de mostrar al hombre a través del paisaje, que tan vinculado está a su esencia y a su quehacer. Es, desde luego, un libro magallánico. Creo que en él encuentran carta de ciudadanía la lluvia, el “blizzer”, la escarcha, la nieve, la pampa y la soledad, que son los componentes

la pasión del mar



telúricos de la naturaleza de aquellas regiones y los ingredientes de mi propio canto. Quien conozca la belleza salvaje de aquellos parajes me entenderá cuando hablo de la “sombra de la luz blanca del hielo” o de los desvelados fantasmas que rondan por encima del mar desierto.

DE PUNTA ARENAS A PUERTO MONTT

—¿Tienes muchas experiencias maríneas?

—Pocas para lo que me exige mi vocación, lamentablemente frustrada aquí, tierra adentro. Lo que recuerdo con más emoción fue mi primera travesía desde Punta Arenas hasta Puerto Montt, sorteando los peligros y sorpresas de ese rompecabezas alucinante de verde y hielo que son los canales y los ventisqueros.

—Tu poesía refleja un profundo conocimiento de la pampa magallánica. ¿Cómo lo adquiriste?

—Me crié en la zona y, además, trabajé dos años en la Empresa Nacional de Petróleos (ENAP) como topógrafo. Debo anticiparte que soy constructor civil, formado en la Universidad Técnica del Estado.

—¿Cómo te ubicas, generacionalmente hablando?

—Tal vez entre los que alguien llamó los poetas “láricos”, es decir, enamorados de los lares familiares. También podría decir que pertenezco a una curiosa generación que llamo del 61.

—¿Admiraciones?

—Efraín Barquero, Jorge Teillier, Enrique Lihn, Alberto Rubio...

—Tu poesía está salpicada de alusiones y hasta vocablos onas o yaganes. ¿Te sientes muy atraído por esas razas primitivas de los canales?

—Me fascinan. De allí mis poemas inspirados en su mitología, que es riquísima. “Selk’man” es el indio que navega por los canales en endebles balsas de cuero. Kren es el sol, el pálido sol magallánico, en lucha milenaria contra las tormentas.

—¿Preferencias universales?

—Huidobro, Neruda, Saint-John Perse, Rilke, Pavese...

COMO EL HORIZONTE

—¿Por qué ese verso tuyo, tan moroso, tan largo?

—Escribo un verso largo como el horizonte del mar. Pero también alterno con verso más corto y rápido. Lo que importa es la eficacia de las palabras y de los ritmos. No quiero ser brillante ni retórico. Me interesa una poesía auténtica, que se entregue placida o dramática, pero que se entregue.

—¿Tienes miedo cuando has terminado un poema?

—Siempre.

—¿Crees que no llegarás a las grandes masas?

—No me interesan. Busco a la gente de sensibilidad, formen masa o no formen. Para ellos hago mi poesía, que es de factura sencilla y palabras accesibles, no exentas, por cierto, de profundidad y belleza.

Rolando Cárdenas, actualmente funcionario de CORHABIT, tiene cuatro libros publicados, dos premios y ha sido incluido en las mejores antologías. El poeta William Miller lo tradujo al inglés y su nombre ha alcanzado alguna resonancia en muchos países del continente. El, indiferente a estos triunfos, sigue trabajando en silencio los torturados versos de su épica austral.

H.G.

los últimos volúmenes Santiago 30-VIII-1975. P 8. Supl.